



Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funcione.

— Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y **se quitó las gafas** con la mano derecha, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dedicó una mirada lenta, algo cansina, a la mujer que tenía enfrente —, considerando, mi querida señora, que nada obligaba a la encausada a saltar de la cama a las... — **volvió a colocarse las gafas** y barajó los papeles en busca de...

— Las 5:35 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente constató con un cierto regocijo que había encontrado el renglón que buscaba un par de décimas de segundo antes de que la voz se elevara —; las 5:35 de la madrugada y a nuestra encausada, aquí presente, no había nada que la obligase a levantarse de la cama ¿Dónde está, pues, el drama?

Y se quitó las gafas.

— ¡Cielo santo, mi clienta no lo sabe! — protestó con viveza un caballero de cabello canoso que ejercía los días lluviosos como abogado — Al drama, señorita, se le había perdido la pista la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no propiamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño concejo aledaño a los jardines colindantes al palacio episcopal...

— Y como se daba la circunstancia de que por añadidura no era de ella ni de su incumbencia — el presidente se **caló nuevamente las gafas**, esta vez con el gesto expeditivo del que no está en absoluto

dispuesto a que se le lleve la contraria — entendió que no tenía sentido alguno incorporarse al equipo de búsqueda.

— Así es, señorita — respondió el caballero de cabello canoso que, a la vista de que las nubes amenazaban con dispersarse y de que algunos transeúntes cerraban sus paraguas, comenzaba a sentirse incómodo, como de prestado en su función y a preguntarse si su tono (dadas las circunstancias aun considerando que en primavera el tiempo suele ser muy loco) no debería ser algo menos vindicativo; agregó, por tanto, con prudencia —; eso entendió si bien, justo es reconocerlo, admite que su capacidad de comprensión podía andar algo mermada a causa de que, bueno, ella no oye muy bien y los vecinos estaban haciendo mucho ruido.

— “Mucho” es un tanto ambiguo — el presidente **se quitó las gafas** — ¿Podría nuestro señor letrado ser más preciso?

— Pues la verdad es que — el caballero se mostró dubitativo — es difícil concretar porque la cantidad, quiero decir intensidad, dependía a su vez y en cada momento de cuánta estuviera siendo la intensidad de la actividad que se estuviera llevando a cab...

— Ya, ya — el presidente jugueteó con sus gafas cruzando y descruzando las patillas unas cuatro o tal vez cinco veces, luego las mantuvo en alto sujetándolas con su mano derecha y las miró al trasluz para, acto seguido (y habiéndose percatado de que estaban algo empañadas, limpiarlas con parsimonia y un pañuelo que sin pararse en detalles que prolongarían la sesión sin necesidad ni apremio alguno podía denominarse blanco) y con gesto satisfecho, **volver a ponérselas** y añadir doblando el pañuelo —; con esa eventualidad, señor letrado, esta mesa ya cuenta. Ahora quisiéramos que nos pusiera al corriente de cuál, con el fin y al objeto de no dispersarnos más de lo conveniente, estaba siendo la actividad cuya consecuente intensidad se estaba interponiendo entre nuestra encausada y sus dotes de comprensión algo mermadas por causa de... ¿qué habíamos dicho?

– Sordera — repuso una mujer corpulenta de la segunda fila —; y discúlpeame el ser tan concisa y no expresarlo de un modo más delicado como “deficiencia auditiva”. Pero es que ando si se me permite la expresión un poco volada porque he dejado la lavadora puesta, y si nos detenemos en minucias terminará de centrifugar; y si no saco la ropa de inmediato se arrugará muchísimo. Así que, con todo el dolor de mi corazón y lamentándolo profundamente, me veo en la necesidad de intervenir, por ir abreviando, y precisar que si la capacidad de comprensión de la encausada no era la suficiente para permitirle entender que la intensidad de la actividad que daba lugar al ruido llevaba implícita la obligatoriedad de que este fuera mucho es que, la encausada, y con perdón, es una perfecta ignorante.

– Se admite “sordera” si el término no resulta ofensivo a la encausada y renuncia, por tanto, a presentar en sociedad, civil y de largo, la correspondiente protesta — declaró el presidente **volviendo a quitárselas** —; si por el contrario sí la ofende optando en consecuencia por proceder a la mencionada presentación, esta presidencia no declinará la responsabilidad que le compete y dictará, como no puede ser de otra manera, la oportuna serie numerada de órdenes encaminadas a, al objeto de que los fastos no queden deslucidos, desalojar la sala; pero — prosiguió, sin pausa entre “sala” y pero”; pero marcando, en este punto sí, una que so pretexto de poner en orden los papeles aprovechó para (con disimulo) **no ponerse las gafas** — sería de agradecer, y me encuentro en condiciones de afirmar que desde la autoridad que me confiere mi cargo se agradecería, que cuando las señoras, corpulentas o no, de la segunda fila o de cualquier otra, tengan la lavadora puesta o no y aun a riesgo de que esta se ponga a centrifugar o no en el caso improbable, pero que puede darse, de que por cualquier tipo de fallo la máquina se atasque, tomen la palabra llevadas por una muy encomiable voluntad de abreviar lo hagan, tal y como ésta corpulenta sí y de la segunda fila también lo viene de indicar y de no hacer, con brevedad.

No según las apariencias por tanto y una vez que los papeles del presidente estuvieron en orden y **las gafas puestas** y sí, empero, por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se

reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico “como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione” sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi, ese y ningún otro de tantos cuantos despertadores se declarasen a diario en rebeldía, se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pegarse un madrugón de padre y muy señor de la tía soltera de la del tercero; fallecido, se comprendía, por más que el señor Cremades se comportara como si tal cosa — tratándolo con exquisita cortesía cuando llegaba en punto y con algo menos de amabilidad, pero jamás de manera incorrecta, cuando lo pillaba con el pie cambiado —y saliera por la puerta de atrás porque con la ventana (un quinto piso de techos altísimos¹) no cabía el poder contar.

Y es que — todo el vecindario lo sabía — el despertador personal de la señorita Susi era muy caprichoso, según unos, y según otros, tan sólo lo bastante difícil de manipular como para permanecer inmutable ante las cortas habilidades de los más torpes.

Ella, a pesar de todo, en treinta y cinco años no podía decirse que tuviera ni la menor queja de él; ni la más insignificante de las quejas y, eso lo declararían la señorita Susi allá dónde fuese necesario declararlo sin prejuicio de que “otros” — Susi, la señorita, siempre pronunciaba este “otros” con un algo de tonillo despectivo — estuvieran haciendo correr determinados e irritantes bulos alusivos a su algo más que dudosa

¹ Puntualizó, comprensivo, el presidente, que a medida que bajaba el tono levantaba la mano y no para pedir permiso para ir al cuarto de baño sino para **quitarse otra vez las gafas.**

procedencia y no, por cierto, porque su abuelo lo hubiese adquirido en ningún baratillo o de contrabando sino...

Pero, empezaba a temerse a estas alturas Susi, la señorita — el reloj de la biblioteca terminaba de marcar tan puntual como solía las 4:59 P.M. —, que no le iba a merecer la pena preparar un alegato sesudo y bien estructurado a favor de su viejo despertador porque hoy tampoco la iban a citar a tiempo.

Se limitó, pues, a mirarlo con expresión desolada y musitar un apenas audible “¡cómo lo siento!”.

Caminó luego pasillo arriba lamentando, en el más recóndito de todos sus fueros, que no fuese circular y se evitaría — de ese modo — la bajada ya que a la señorita Susi el subir no se le daba mal, pero siempre había padecido de vértigo y, cuando se veía a la imponente luz de las arañas de bronce y cristal de Murano en la necesidad de descender — de peldaño, de estatus, de las nubes —, la asaltaba la aprensión de que iba a perder pie.

Regresando de la mesita consola con su búcaro provisto de las inveteradas margaritas que “en esta casa nunca faltan” guarnecida... — no, no era “guarnecida”, y a la señorita Susi la sacaba muy de sus casillas no encontrar para cada lugar y cada cosa una palabra adecuada que, por otra parte, sabía estar teniendo invariablemente en la punta de la lengua *qué rabia*; viose, por tanto y de reojo en el espejo del perchero, obligada a volver a subir (tres baldosas y media, casi cuatro) a ver si era allí, justo en el punto en que tuviera la sensación de atascarse, donde... “¡¡¡flanqueada!!!”² —, flanqueada por, a su derecha, el paragüero y, a la izquierda, la aspiradora, sintió un extraño palpito, una no sabía qué premonición de que se avecinaban unos problemas que, si las cosas estuvieran siendo como debían ser y como siempre, no habrían tenido la menor posibilidad de hacerse un hueco, ni aun pequeño, en un barrio que de toda vida se había llamado “residencial”.

² Que se lo repitió para sí un par de veces y, no satisfecha, lo grabó en rojo en su memoria para que nunca se le volviera a olvidar.

La señorita Susi no quiso saber, no tenía ganas de ponerse a discurrir qué estaría haciendo a las... — al pasar por delante del boudoir había alcanzado a ver cómo el reloj, tan puntual como solía, marcaba las 4:36 P.M. junto a los perfumes y un frasquito de esmalte, para las uñas, sobre su tocador—, a las 4:35 (y no porque la señorita Susi fuera negligente o con tendencia a redondear sino porque así eran las cosas) la aspiradora allí, como un pasmarote.

Sentía calor. Sin poder concretar unas causas que se le escapaban, sentía un calor tremendo.

Le habría gustado — a la señorita Susi, por supuesto; a quién si no cuando no estaba habiendo nadie en los contornos inmediatos que pudiese gozar (o padecer) de un abanico de gustos, tendencias, querencias, inclinaciones, aficiones y un largo etcétera de... — ¡maldita fuese!, y la Señorita Susi se mordió contrariada, muy contrariada, el labio porque... {miró en derredor buscando algo que, a su pesar (y a puro ojo pero denso, sólido, contundente presionando sobre su pecho como una enorme losa) no encontró y hubo de conformarse con tasar en como quilo y medio más o menos} — un largo etcétera... (la señorita Susi cerró los paréntesis, los corchetes³ y la puerta del cuarto de la plancha dedicando una mirada desabrida al tirador para, acto seguido, abrir nuevos paréntesis pero no la ventana del salón) , *un largo etcétera de qué...*

Optó, ante la evidencia de tantos inconvenientes, por cortar por lo sano y reconocer de un tirón y sin más circunloquios ni evasivas encubiertas por guiones ni corchetes ni paréntesis que no había nadie en los contornos inmediatos a quien pudieran gustarle las mismas cosas que a ella. Y punto pelota...

La señorita Susi tomó aire.

¿Dónde estaba ella?

— ¿Dónde estabas tú, Susana, cuando...? — Se preguntó.

³ Marcados en rojo para que no se le pasaran, esquivos y taimados como han sido los corchetes de siempre, por alto o — como segunda posibilidad — le quedasen a trasmano.

— ¡Y yo qué sé! — Se contestó al tiempo que propinaba inquieta una patadita a la mecedora que, aun en su supina ignorancia de las leyes de la física, se balanceó.

— Vamos, Susi — cuando se quería mostrar persuasiva para consigo misma o no terminar, por lo menos, enfadándose utilizaba el diminutivo con que su “otro yo” trataba si la situación se empezaba a poner tensa de camelársela —, tienes que saberlo...

— ¡Ya lo sé!

— ¿Has visto como sí?

— Susana — porque, y su “otro yo” bien lo sabía, cuando no estaba para contemplaciones era, pesara a quien pesase, Susana a secas —, por favor, no me pongas frenética.

Pero volvió, como llevada por no sabría precisar qué arraigada querencia, a rebuscar con disimulo entre las entretelas del más recóndito de todos sus fueros intentando localizar el punto — no exacto, pero tan pronto reconociese (de eso sí que tenía bastante certeza) algún atisbo por remoto que fuese de tal sensación o cuál nostalgia se haría una composición de lugar bastante aproximada, seguro — en que le habría gustado algo.

Y lo localizó; sí. Allí, tan cámpate, tan esbelto, tan cómodamente instalado frente al televisor que, algún día... Pero no estaba ella para televisores a (el reloj de la salita terminaba de dar, tan puntual como solía, las 4:29 P.M. exactas) “estas horas de seriales”.

— Sentía calor — le hizo saber, en tono contenido de mandíbulas apretadas. Y abriendo con lentitud provocadora el abanico que tomase de encima del taquillón de roble agregó —; por alguna causa sentía calor. Pero ya no es necesario que te molestes. Déjalo.

— Estás menopáusica.

– Eso no — replicó con viveza, cerrando el abanico y volviéndolo a abrir para darse ahora aire muy deprisa —, que termino de echar la cuenta.

Y, señalando a la mujer en el sillón de al lado con un gesto despectivo de su barbilla: “Y sin necesidad de esa zángana”.

– De todas formas — él — por cinco minutos escasos habrías podido... porque el capítulo se termina a y media, quedar como una señora.

Y en efecto el reloj del recibidor marcó, tan puntual como los relojes de “esta casa” solían, las 4:25 P.M. exactas.

– ¿Y quién quiere, a estas alturas, ser ninguna señora?

Y fue “ahora”, ahora que abanicándose frente al ventilador ya podía más o menos centrar en su memoria el hecho de que le habría gustado algo en el intervalo que mediara entre sentir un [extraño palpito](#) , primero, y propinar luego la patadita a la mecedora que aun en su supina ignorancia de las leyes de la física se balanceó, “ahora” exactamente cuando logró la señorita Susi — *Susana, y no intentes hacerte la tonta*, se reprendió, que *no me engañas* — serenarse y, algo más tranquila, hacerse la ilusión de que se enfrascaría en recapacitar largo y tendido acerca de qué exactamente pudo ser aquello que le habría gustado cuando, regresando pasillo abajo, sintió cal...

Pero...

La señorita Susi cerró el abanico y dedicó una mirada interrogante — asaltada, por cierto y de repente, por la duda (que ella supo esquivar sin mayor dificultad y por fortuna) de si no estaría siendo “interrogadora” o “interrogativa”— a la consola del fondo del pas...

– Susana, por favor, concéntrate. Concéntrate Susana por favor porque si la consola está en el fondo del pasillo y tú bajab...

– Pero, Susi — cargado de paciencia su “otro yo” —, ¿y eso qué más dará?

– Pues da.

– ¿Cuánto dará?

– Pues...

Y la señorita Susi suspiró como siempre que se veía forzada a, como ella decía, “tragarse una unas contradicciones del todo indigeribles sin masticar”.

Y, como siempre y tras suspirar como siempre (siempre que se ponía nerviosa la señorita Susi discurría con escasa fluidez, y se atascaba, y se repetía una misma palabra dos, y hasta tres veces), como siempre que se veía (y hasta cuatro) forzada a, como ella decía, “tragarse una unas contradicciones del todo indigeribles sin masticar”, terminó por rebelarse y girándose hacia el hombre se le encaró:

– ¿No lo encuentras ilógico?

– No lo he buscado.

– Qué gracioso —. La señorita Susi contempló por un momento la posibilidad de colocar admiraciones; pero como no se sentía con ánimo de imprimir a sus palabras el tono sarcástico a que ello la habría obligado desistió y optó por un, mucho más accesible, tono cansino.

– No forma parte, que yo sepa, de mis atribuciones el ser gracioso.

– ¡“Que yo sepa”!

A la señorita Susi se le escaparon con los nervios no sólo las admiraciones sino, y por añadidura, un juego completo de comillas a las que {tan cansada, tan harta como estaba aunque ello implicase (pero una vez metida ya en harina qué importaba) nuevos corchetes y otra vez paréntesis} se resignó y, con risita ahora sí sarcástica porque ya que estaban (las admiraciones) por qué no utilizarlas, agregó:

– ¡Como si tuvieras una pizca de seso!

– Si tuviera seso imaginaría que tenía que haberme vuelto loco hace ya muchos años.

– ¿Cuántos años?

– Pregúntaselo a ella.

Y la mujer— a la que tentada estuvo de tildar de “fría y calculadora” pero se contuvo entendiendo que podía (ello) ser interpretado como un chascarrillo facilón en el que *no me da la gana (pues porque no soy una señora, acuérdate) de incurrir* —, desde su sillón, respondió sin pestañear y con viveza “treinta y siete”.

La señorita Susi estuvo a punto de pensar que aquello era sorprendente; pero se dominó, aun no dejando de reconocer que lo era, porque... ¿para qué pensar algo que no iba a tener una utilidad?

Y es que la señorita Susi era, lo había sido desde allá donde le alcanzaba la memoria, una mujer de temperamento práctico y, desde más allá, desde donde la memoria ya no le alcanzaba ni aunque desoyendo las amonestaciones de su dueña instándola a “baja de ahí, vas a caerte” se empinase encaramada a la silla de la cocina, una criatura inconformista y hasta cierto punto taciturna y desarraigada o esquiva que supo eludir — afirmaban los menos desvencijados o maltrechos componentes de su entorno vital — todo planteamiento que a su muy particular modo de ver la realidad (o incluso de no verla pero sí de, en lo que pudiera llamarse “una primera toma de contacto con el objeto o entidad a percibir”, tomar consciencia de ella por medio de cualquiera de los sentidos incapaces de detectar una forma o un color pero sí de columbrar una textura o un olor o un sabor) implicase, ni medio de soslayo, el asumir que pudiera resultar aconsejable el desprenderse de determinadas premisas no homologadas por los estigmas de la razón por menos (y algunos lo eran poquísimos) traumatizantes que estos pudieran antojarse al más desenfadado de los criterios a contemplar ya fuese desde el estado de vigilia ya desde el de una leve somnolencia motivada por algo tan eventual como el haber, en algún tipo de celebración, tomado una copita de Jerez de más...

¿Pero cuándo había sido la última vez que Susana y los suyos celebraron algo?

Recordaba, eso sí, que en aquella “última vez” y siendo apenas una adolescente tuvo que sufrir la humillación — la madre de la señorita Susi, “Susana” por entonces, era una mujer tan exasperantemente llana, sencilla, y le importaba tan un comino reconocer sus carencias que le había insistido en “anda, ve; dile que será nada más un momentito” — de ir a casa de los vecinos en demanda de un sacacorchos; y que al preguntar ruborizada y con voz temblorosa al chico que le abrió la puerta si había allí uno él le respondió con un juego de palabras; y que ella, atenta tan sólo a cumplir el encargo, pasó por alto la sonrisa del chico, e ignoró lo que otra no quizás tan agraciada pero sí menos insegura hubiese interpretado como un requiebro; y que le había contestado que no, que su madre había dicho “sacacorchos” y que la botella era de Jerez y...

Pero si se paraba a evocar aquella situación tan desairada cabría, aunque hubiese que meterla a empujones — y la señorita Susi no era tan tonta como para no darse cuenta del riesgo a que se vería expuesta aun en el supuesto, que también contempló, de que fuese muy pequeña o sus tocayas tan amables como para hacerle un hueco de buen grado y sin necesidad de forcejeos —, la posibilidad de que el hilo de sus pensamientos se enmarañase de tal modo que ya no fuese capaz ella, Susana, de poder discernir cuál de los derroteros esbozados tan a vuela pluma por su mente sería el más idóneo para, con la ayuda de Dios, conducir su discurso a buen puerto o, por lo menos y si Dios no se mostraba dispuesto a echarle una mano, a algún punto en el que — sin tener que lamentar la ausencia de conocimientos en el arte de la navegación, en el que era la señorita Susi del todo profana — poder quedarse al paio en espera de que sus ideas se aclararan.

Y zanjó el tema — ya vería cuando tuviese un momento de sosiego para poder reflexionar si por cerrar un paréntesis o por no tenerse que ocupar de un nuevo frente abierto — con algo tan expeditivo como que cualquiera que llevase sus propios asuntos con un cierto orden y un mínimo de criterio entendería que debió de ser el día de su decimoquinto

cumpleaños y, bajo el argumento de que si la botella estaba cerrada la culpa no pudo tenerla ninguna copita de más, volvió a guardarla en el aparador del que la había sacado doliéndose del inexorable paso del tiempo congratulándose {en un marasmo de sentimientos encontrados que terminarían si nada lo venía a remediar por hacerle perder la razón que la asistía para desesperarse a ratos y, a otros, la dejaba, sin que nadie se lo hubiera pedido⁴, tranquila y a su aire que no era, ni mucho menos y a Dios gracias, el mismo por desventura que sí respiraban los que (lejos de las preocupaciones que a ella la acechaban a la vuelta de la primera esquina que en un despiste doblase sin querer⁵) ahora andarían por ahí perdiendo un tiempo que a ella, no había más que echar una ojeada al reloj pero le daba miedo echársela, que no lo hubiese querido por nada de este mundo ni del otro perder, se le escapaba como el agua por el sumidero de la pila de la cocina, allí junto a la freidora que...⁶, otra vez entre dientes, “¡otra que tal baila!”} de no tener que acudir, como entonces, a casa de la vecina pidiendo nada que por su propio estatus y si no hubieran venido mal dadas debiera de estar teniendo ella misma y en propiedad, para vino, jerez y otros licores y, si se presentara la ocasión, también para champán.

⁴ Porque bastaba que no le dirigieras la palabra para que te leyera el pensamiento, pero si osabas despegar los labios aunque fuese en tono de súplica y muy buenas maneras se hacía la loca.

⁵ porque la recta senda era lo que ella motu proprio y en pleno uso de sus facultades elegiría hasta el final de sus días una vez hechos los cálculos de en qué quedaba el saldo después de sumar y restar y en virtud de tal o cual determinada situación cuántos se le adeudaban y cuántos debía (y contando siempre con que “esa imbécil” — musitó entre dientes y no decidirse por colocar la botella en la balda de siempre o cambiarla de sitio para tener, así, cuando abriese de nuevo algo diferente que ver — llevase las cuentas en condiciones y sin la menor intención de agradar o, con la más premeditada de las malas sangres, le estuviera sisando de aquí o de allá sólo por fastidiarla sin más fin que poder arrojarle, a la cara y lo mismo hasta con decimales, un cortante y desalmado “tienes a tu favor tantos de **esto**⁵ y, en tu contra, tantos de **esto otro**⁵”).

⁶ Y Susi, la señorita, se puso de pie, y echó con disimulo los hombros hacia atrás para que aquel hatajo de mocosas no pensara que se estaba estirando, y llevó la mano derecha hasta la nuca para descender luego y con los dedos masajear las cervicales, y con la izquierda se quitó las gafas y dijo — después de una coma, como es natural, a continuación de gafas en evitación de que alguna chistosa (que siempre las había) le dijese que si con la mano, señorita — que por “hoy” íbamos a dejarlo.